

2

LOS AMORES

DEL POETA,

DRAMA EN DOS ACTOS Y TRES CUADROS,



POR

ELEONIO DE GRESSEY.

CARLOS BELLO.

DORNAND.

MATHE DE MONVILLE.

GRADOS.



SANTIAGO.

Imprenta del Progreso.

—1842—

PERSONAS.



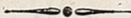
EUJENIO DE GRESSEY.
CORONEL FIERCOUR.
DORMAND.
MATILDE DE MONVILLE.
CRIADOS.



LOS AMORES DEL POETA.



ACTO PRIMERO.



Cuadro primero.

La carta.



Casa de Matilde de Monville : un salon bien amueblado ; una poltrona y mesa con recado de escribir : una puerta al fondo , que cae al jardin : otra se supone al lado izquierdo , y será la entrada ordinaria.

ESCENA I.

GRESSEY *de pié* : entra DORMAND.

GRESSEY.

¡Dormand!

DORMAND.

¡Gressey! (*dándose la mano afectuosamente*). Acabo de saber que estás en este pueblo : estuve en tu habi-

tacion, y no hallándote allí, héteme siempre en tu busca , y en casa de no sé quien (*mira en derredor y deja el sombrero*). Has abandonado a Paris como a una querida infiel , o vieja impertinente. La gran capital merece mas consideraciones, y hombres como tú no están bien, no caben en otra parte. El gran mundo . . .

GRESSEY.

En Paris estuviera si me dejáran los médicos de la mano ; pero un año hace que me arrastran de un lugar a otro en busca de salud, y no la hallo. Tan mal me prueban los aires suaves de Marsella , como las brisas tónicas del norte.

DORMAND.

En efecto ; estás pálido y deshecho.

GRESSEY.

El espejo me lo dice cada dia: . . . Estos viajes son quizá las primeras jornadas de aquel largo , eterno, que todos debemos emprender, y del cual nadie vuelve vivir enfermo , no es vivir.

DORMAND.

¡Vaya! estos , si no me engaño, son achaques de un mal del corazon : el tedio y el amor te aquejan , y sea lo que fuere , remedios no faltan.

GRESSEY.

¡Tal vez!

DORMAND.

Amas, y hallas simpatía, correspondencia, ¡qué mas puedes desear? ¡Rechazan tu pretension? No es creíble. Pero dado caso que alguna escuche con indiferencia tu ardiente declaracion, te deshauicie una y otra vez, porque la mujer hoi amable y apasionada, suele ser mañana fria, caprichosa e incomprensible : supuesto tanto rigor , aun hai tabla de salvacion: no la ames y estás bueno ¡te sonries? óyeme : aplica al amor el tratamiento homeopático y verás sus májicos resultados. Este es el gran secreto, el gran remedio , la panacea de los males del corazon.

GRESSEY.

El sistema es orijinal.

DORMAND.

Y seguro en sus efectos : escúchame , conocí a una viuda de diez y nueve años , ojos negros y parleros, luengos cabellos del mismo color : vestia divinamente: sus manos eran blancas y pequeñas , aéreo su cuerpo; y luego el pié ¡qué pié! en fin, Matilde de Monville.

GRESSEY.

¡Matilde de Monville? la misma en cuya casa nos hallamos

DORMAND.

Esa Hurí que abandonó el Eden por Paris. La ví amigo mio , y como sintiese al punto una irritacion aquí (*señalándose el corazon*), acompañado de suspiros , dormidera de ojos , y otros síntomas inequívocos , me dí por enamorado , y en primera oportunidad le suspiré mi amoroso padecer y tiernos sentimientos. Un *no* , fué su lacónica respuesta. Insisto , y llovieron monosílabos de igual tenor. . . . Hai *no*, que proferido como con pesar , duerme en los lábios , y dice *sí* ; otro que expresa un quizá , un puede ser , como el *no* de una mujer amable ; pero no faltan por desgracia algunos tan redondos , que eximieran de duda al escéptico mas empecinado.

GRESSEY.

Los que despidió esa boca graciosísima en respuesta a tu suspirado amor ; fueron de esta clase?

DORMAND.

Sí ; pero ménos elocuentes con mucho que dos bostezos que les siguieron de cerca Mujer que bosteza en presencia de su amante , le agravia , le insulta , le despide. Márchome en el acto , y agujoneado por mis recuerdos , echo a andar sin norte ni rumbo. *¿Darme un tiro?* decía yo , hoi hasta los zapateros se hacen saltar la tapa de los sesos , probando

hasta la evidencia que no los tienen. *¡Arrojarme al Sena!* Era invierno (*con repugnancia*), y esto de ahogarse en agua turbia y helada, es morir dos veces. Quiso mi estrella que cortasen el hilo de mis desatinados y melancólicos pensamientos, ya que no el de la vida, los briosos caballos de un coche que pusieron en peligro una existencia de que yo trataba de deshacerme: el instinto de la conservación puede mucho: brinco a la vereda, y me encuentro a la portada de la ópera italiana.

GRESSEY.

No entraste por cierto.

DORMAND.

¡Cómo que no! Echo una mirada al rededor, y colubro dos ojos hermosísimos: un instante mas, y me hallé al lado de Madama de Dublé; y sean los quejidos armoniosos de Bellini, o qué sé yo; ello es que al callar la orquesta, no pensé en las negras trenzas de la esquiva Matilde, ni en su pulido pié; sino en los ojos de la amable Teresa, de quien estaba ya frenéticamente enamorado. ¡Lo ves!

GRESSEY.

Sin duda, que para dejar de amar amaste mas: siendo éste el fin propuesto, le lograste a las mil maravillas.

DORMAND.

Nada : eso es no comprenderme , *Similia similibus curantur*. Tan solo con amor , amor se cura : por Teresa dejo a Matilde , y a la semana , el olvido triunfó de ámbas.

GRESSEY.

No tengo que decir , la curacion fué completa.

DORMAND.

Portentosa fué , e igual resultado obtendrás , si acudes a la enfermedad recio , presto y con fé : no hai que vacilar : yo propio como experimentado te daré alientos : ya sabes que mi fuerte es el consejo.

GRESSEY.

Pero amigo mio : ¿por qué me tienes por enfermo de amor , cuando mi dolencia es otra?

DORMAND.

Pues bien , viajar : de un salto estás al otro lado de los Pirineos.

GRESSEY.

En Madrid qué hai? Espartero y el Prado. . . . los ví: Larra ya no existe.

DORMAND.

Da un paso mas y tropiezas con la graciosa gaditana.

GRESSEY.

La ví , y admiré su andar airoso ; pero el sol de Andalucía , que hace fermentar el amor en los senos torneados de sus hijas , y que brilla en un cielo limpio y puro , no pudo encender el mio. Ví a Granada, esa perla oriental que conserva su esmalte a pesar del roce de los siglos. Granada , hija hermosa de una raza que murió : huérfana de oriente a quien el hombre dió por atavíos la Alhambra y el Generalife : la naturaleza un dosel azul , franjeado con la nieve de la sierra y una fértil y anchurosa vega por verde alfombra. La vega de Granada , que resonó mil veces con los gritos contrapuestos de *Alá* y *Santiago , cierra España* ; donde se cruzaron el hierro de Vizcaya con la cimitarra de Damasco : mas todo esto habla a la fantasía , nada dice al corazon.

DORMAND.

A Inglaterra entónces o Alemania ; el caso es distraerse , y una nacion de hombres sérios es cosa de ver.

GRESSEY.

Y digna de ser estudiada ; pero he recorrido casi toda la Europa . . . poco tiene que presentarme de nuevo.

DORMAND.

¡Cuándo? ¡cómo?

GRESSEY.

Desde que te ví—un año hace.

DORMAND.

¡En un año! eso no es viajar , es correr por la posta dejando atrás los correos de gabinetes , aun cuando llevan un tratado de paz en la balija. Así nada se ve.

GRESSEY.

He visto el mundo tal cual es , un tejido de bienes y de males : aquí y allí una aldea inocente en medio de poblaciones corrompidas , como el oasis del desierto: aquí y allí una virtud como una flor en un cenagal ; y a cada paso un vicio , un crimen , la miseria : los pueblos se odian sin conocerse. ¡Sus habitantes no son todos hombres? Suenan las palabras *Guerra! Gloria!* se arman , se encuentran , su sangre corre , y en pocas horas se puebla un cementerio , y le llaman campo de batalla y el vencedor levanta la voz a Dios y le da gracias por haber sido mas carnicero que su contrario. He visto hambre y harapos donde debiera haber tesoros , porque habia virtud ; y he visto tambien naciones enteras que sirven de escabel a un hombre , y este hombre era respetado : sus caprichos , leyes y se le decia Soberano y Majestad Quien mira el mundo y esto vé , no le vuelve ya los ojos con cariño.

DORMAND.

¡Vaya! deliras , cuando solo te creia enfermo o enamorado. Eres misántropo o filósofo , que tanto vale ; y perdido para la sociedad de tono y el gran mundo. Rejenerar el globo joco-sério , melo-dramático que habitamos, es desatinar aun despues del descubrimiento del vapor. Respire yo los aires de Paris , tenga el prestijio de un nombre con diez mil francos en la cartera . . . y ande el mundo. Oyeme : a los filósofos de todas las escuelas , de todos los tiempos , desde que Sócrates reñía con su amable esposa , hasta que falleció el pulcro Laromiguiere , les ha lanzado el mundo una mirada en que van mezcladas lástima y desprecio.

GRESSEY.

Sea enhorabuena.

DORMAND.

Mas dime , amigo alucinado , eres rico , jóven , tus producciones han merecido los aplausos de la Francia. ¡ Qué mas quieres para ser feliz ?

GRESSEY.

Lo que muchos poseen quizá y desestiman.

DORMAND.

¡ Y qué es esto que en tanto andar no lo hallaste ?

GRESSEY.

Una mujer que sepa amar cual yo amo, con toda la intensidad del corazón.

DORMAND.

¡ Bá, bá!

GRESSEY.

Que me haga la vida amable a su lado, en sus brazos olvidaría a los hombres y su egoísmo. En cuanto a la fama, la gloria, a menudo brinda con ellas la multitud sin discernimiento: sus efectos son los del opio, desvanece, embriaga, produce ensueños gratos y pasajeros; pero la envidia, un capricho de la opinión o de la fortuna, a veces la verdad, nos sacude, y al despertar, o dormitamos de nuevo, o somos desgraciados.

DORMAND.

Así debe de ser; pero también es cierto que cada cual tiene su modo de sentir y su sistema; por mi parte creo que nacemos con sendos anteojos sobre las narices, al través de los cuales miramos el mundo y le vemos de diverso color y figura. A tí te cupo en suerte unos de vidrios negros y de aumento: todo lo abultan, marchitan y entristecen: los míos por fortuna son color de rosa.

GRESSEY.

¡ Eres feliz entonces, nada tienes que desear!

DORMAND.

No lo sé. La diligencia me trajo ayer tarde, y mañana pienso volver sobre mis pasos (*toma el sombrero*). ¡En qué se pasa aquí el tiempo! (*mirando a su alrededor*) ¡Con que esta es la casa de Matilde de Monville?

GRESSEY.

Sí.

DORMAND.

¡Sabrás que fué viuda a los pocos dias de ser esposa?

GRESSEY.

Lo sé.

DORMAN.

¡No ignorarás tampoco que por espacio de dos años jira en derredor suyo un lucido cortejo, y que ella, a pesar de su juventud y hermosura, no ha dado materiales para un solo párrafo de la crónica escandalosa?

GRESSEY.

Lo sé tambien: ¡pero qué quieres darme a entender?

DORMAND.

Un momento de paciencia, y sabrás (*deja el sombrero*): llegué cansado del viaje, ajitado, sin poder conciliar el sueño: entré en el hermoso jardín que es-

tá al lado de la posada (*señalando hácia la puerta del foro*): ¡ conoces la calle de los álamos ?

GRESSEY.

Sí : prosigue.

DORMAND.

Allí estaba yo , seria la media noche , sentado , gozando del aire fresco y suspirando por Paris , cuando oigo pasos a espaldas mias : vuelvo , y héteme manos a boca con un hombre.

GRESSEY.

¡ Es posible ?

DORMAND.

Al verme se detuvo ; quiso como hablar ; mas cambió de resolucion . . . alejóse entre los árboles , y desapareció.

GRESSEY.

¡ Pudiste distinguir sus facciones ?

DORMAND.

Como las tuyas ahora : merced a la luna que mostró su faz con la buena intencion sin duda de vender a los amantes.

GRESSEY.

¡ Le conocieras si hubieras de verle ! (*con ajitacion*) ¡ Es de estatura regular ?

DORMAND.

Le conozco , y desde tiempo atras : es de estatura regular , cara adusta : es el coronel Fiercour , héroe del Bosque de Boloña.

GRESSEY.

¡ Fiercour ! ¡ Crees que salia de la casa !

DORMAND.

¡ Y por qué no ? Mis prolijas indagaciones me han hecho saber que no desampara a Matilde un año hace ; por otra parte las mujeres son esencialmente caprichosas , y aunque el coronel no posee muchos atractivos , ¡ qué sabemos si le sirve de recomendacion el haber dado pasaporte para el otro mundo a una centena de sus semejantes ¡ no le conoces ?

GRESSEY.

¡ Poco ; hace solo cuatro dias que llegó !

DORMAND.

En los salones de Paris he tropezado con él frecuentemente : ¡ Infeliz de aquel que cruza su camino ! . . . Militar desde sus primeros años , es brusco y vengativo : partidario ciego del imperio , sin mas Dios que Napoleon , ódia a los hombres , y desprecia al bello sexo . Fué amigo de Mr. de Monville , esposo de Matilde.

Tengo algunas noticias de él (*con ironía*).

DORMAND.

Bien: volviendo al lance de anoche, ¡hai intriga amorosa! coji la hebra y daré con el ovillo. Me punza la curiosidad, y dentro de un rato vuelvo a mis pesquisas (*toma el sombrero*). Y por allí se acerca (*señalando ácia el jardín*) el ama de casa—Te dejo: hasta mas ver (*váse*)

ESCENA II.

Entra MATILDE por la puerta del fondo, leyendo avanza sin ver a GRESSEY y se sienta en la poltrona en voz alta.

Mi pecho es un pecho yerto,

Un desierto:

Y si hai una flor en él,

Es tan mustia y deshojada,

Marchitada,

Que es tallo de flor que fué.—

Y ¡cómo nacer la rosa

Pura, hermosa?

¡Cómo brotar un clavel?

¡No cae en el pecho mío

El rocío

De lágrimas de mujer!

¡ Ni brilla de amor la llama
Ni derrama
Sus reflejos de placer!
Y soi como un débil eco
Triste y hueco
De voz que murió tal vez. (*entretanto se acerca*
Gressey.)

GRESSEY.

Soi cual.

MATILDE.

¡ Ah! (*poniéndose de pié.*)

GRESSEY.

(*Continúa con sentimiento.*)

Soi cual noche sin estrella,
Ni centella,
Ni aurora ni amanecer,
Que avive la fantasía
Con su dia,
Que arrebale el padecer.

MATILDE.

¡ Qué buena memoria! Aunque léjos, os tenia conmigo (*mostrando el libro*): os oía.

GRESSEY.

Me temo (*tomando el libro*) que gustais mas del poeta que del hombre.

MATILDE.

Os temeis a vos mismo entónces.

GRESSEY.

No: envidio cuanto está cerca de vos, hasta las letras que pueden causaros un momento de gusto o de distraccion, que dificilmente

MATILDE.

Proporcionaría el autor (*sonriéndose*): ¿no es esta la idea que ibais a expresar?

GRESSEY.

La misma; y vertida por vos, no puede ménos que ser fundada.

MATILDE.

Es mucha confianza en mis juicios: por esta vez no he hecho mas que hurtar vuestras propias palabras, anticiparlas, adivinar lo que habiais dicho a medias.

GRESSEY.

Hacedlo a menudo, y descubriréis el secreto que aquí encierro (*poniendo la mano sobre el corazon*): decid. ¿lo adivináis?

MATILDE.

¿Yo? nada sé: hablad vos mismo.

GRESSEY.

¡Es imposible! aguardaos (*hojea el libro*): leed aquí.

MATILDE (*leyendo.*)

“Yo amo y con delirio”

GRESSEY.

¡Basta! *yo amo*. . . . dos palabras—una frase corta y que dice mas que el tomo entero, que es un débil reflejo de sentimientos muertos ya, o que cedieron el puesto a uno prepotente: *yo amo*: ¡qué sonido tan armonioso si un eco le responde! ¡que sublime idea si es comprendida de otro corazón! dos palabras que pronuncian a la vez los lábios, los ojos, los suspiros: palabras venidas del cielo, dadas por Dios a los hombres para trasformar con su mágica virtud, la vida en un placer, la tierra de un Eden. . . . pero, callais? Mi voz no halla el eco apetecido (*cambiando de tono*): otro mas feliz y ménos amoroso le oirá: acaso le aguardais, y a él debo el veros hoi sola, de otra manera, hubiérais huido como siempre de mí.

MATILDE.

¡Qué decis? ¡huir de vos! qué extraña aprension . . . yo os acuso de un delito semejante nombrandoos juez al mismo tiempo: mi venida a este pueblo os desagradó, no lo negueis; tanto os desagradó, que hubis-

teis de partir sin verme, huyendo de mí; pero una indisposicion os detuvo, y a ella, no a vos, agradezco el conoceros.

GRESSEY.

¡Caro me haceis pagar una prevencion involuntaria!

MATILDE.

Fáltame amor propio quizas, y por lo tanto dudo que el trato de pocos dias, haya desvanecido esta prevencion antigua: ¡huir de mí como de una fantasma! (*sonriéndose*) ¡Me temeis aun ?

GRESSEY.

Sois cruel: estuve al partir, es cierto: el nombre de Matilde de Monville despertó en mi alma un recuerdo de dolor que dormitaba apénas. . . . pero os ví. . . . vos sabeis lo demas.

MATILDE.

Dejemos eso, y decidme ¡cómo? ¡qué recuerdo es ese que tanto pudo aflijiros?

GRESSEY.

¡Quereis saberlo?

MATILDE.

Lo exijo.

GRESSEY.

Sea pues. Tuve un amigo, crecimos juntos, y le amaba como ama este corazon. Eramos de una mis-

ma edad, unos mismos nuestros gustos, y habia en comun mil simpatías y una vida de recuerdos. Nos separamos: él permaneció en Paris, miéntras yo recorría el Continente: por carta suya supe que amaba a una mujer jóven, hermosa, fascinante y cortejada de muchos. Un largo silencio sucedió a esta noticia.... le rompió una carta de su anciana madre. ¡El no existía ya!... ¡su pasion fué causa de su muerte!...

MATILDE.

Su nombre! su nombre! (*ajitada*).

GRESSEY.

Julio de Vernack.

MATILDE.

¡Ay! (*llorando*.)

GRESSEY.

Fué entónçes cuando os oí nombrar por la primera vez, y a vuestra llegada quise huir de vos como de un recuerdo pesaroso que me ponía delante al amigo malogrado. . . . vuestro admirador.

MATILDE.

(*Llorosa*.) Aunque la causa inocente de tanto mal, mucho debisteis aborrecerme.

GRESSEY.

No; os lo juro: supe que habiais hecho lo posible

para impedir el duelo, y aun que os presentasteis en el sitio en que sucedió. . . .

MATILDE.

(*Siempre llorosa.*) Sí; ; pero no era tiempo ya!

GRESSEY.

Hasta la inconsolable madre en medio de su agonía fué justa con vos : acusaba la imprudencia de su hijo, su temeridad, que le indujo a presentar su pecho a la punta del coronel Fiercour : y yo propio, cuántas veces le condené por haber sometido a los azares de un duelo, una vida de esperanzas, un porvenir de gloria. Pero yo no amaba en ese entónces, ni sentía un infierno dentro de mí mismo; el infierno de los zelos. . . . ni bullía tampoco mi sangre hasta sofocarme ; ni el pecho se me hinchaba de cólera y desesperacion, viendo al lado del ser querido, otro ser cuya impasibilidad insulta, cuya voz se mezcla con la voz amada en ecos de amistad. . . . tal vez de amor, y al mezclarse le emponzoña.

MATILDE.

¡Gressey!

GRESSEY.

Ya comprendo por qué mi malhadado amigo prefirió un fin cierto y trágico a tormentos tales : su eleccion fué acertada, que yo, hombre de reflexion, que

jamas he tomado una espada, me abraso en sed de sangre. . . . un reto de muerte se asoma a mis lábios, y ansio por estar enfrente de mi adversario, arma en mano, para morir o conquistar el derecho de amar yo solo.

MATILDE.

Calmaos Gressey, ¿quereis que haya otra víctima? ¿que pierda yo otro amigo, aun mas querido?

GRESSEY.

(*Con calma.*) Decis bien, otro *amigo*: nada debeis temer. . . . sé refrenar estos arranques. . . . ¿ni qué títulos tengo? . . . ¿quién soi yo para provocar a un rival? ¿Soy amado por ventura? Aunque sabe Dios que bien poco arriesgaría en un duelo. . . . existe uno de muerte largo y terrible entre este cuerpo extenuado y una enfermedad. . . . su término no se me oculta.

MATILDE.

(*Afectuosamente.*) ¿Qué teneis! estais pálido, demudado. . . . sentaos (*se sientan.*)

GRESSEY.

¿Y vos me lo preguntais! (*tomándola una mano.*) Os amo, ardo en amor; creí columbrar un destello de correspondencia, su reflejo instantáneo todo lo cambió: el cielo era mas azul, el aire mas puro: desee vivir y cobré vigor. . . . tornaron los felices ensueños

de mis primeros años. ¡Ah! la esperanza es el rocío sobre una alma agostada. . . . mas no existía para mí. . . soñaba. . . . y al despertar, sentí el hielo del mármol donde me figuré fuego vivo: una tibia amistad tenía asiento en un pecho que creí encendido como el mio (*entra Fiercour y se mantiene en observacion*). Luché con mis sentidos. . . . un siglo de felicidad hubiera dado por una duda, por soñar de nuevo; pero un doloroso desengaño me tenía ajitado y despierto no me amabais.

MATILDE.

¡Y quién os lo ha dicho?

ESCENA III.

MATILDE, GRESSEY, FIERCOUR.

FIERCOUR.

Yo. . . . siento interrumpiros.

MATILDE.

Vos señor de Fiercour, ¡y por qué? (*turbada.*)

FIERCOUR.

Estais turbada. . . . indispuesta tal vez?

MATILDE.

No.

GRESSEY.

El aire fresco del jardín os dará alivio ; Quereis que os acompañe?

MATILDE.

Agradezco ; estoi bien aquí : ya nada siento. . . . mas no quisiera privaros de tan grato paseo.

GRESSEY.

Mis deseos son los vuestros, lo sabeis ; las únicas horas que paso a gusto son las que se deslizan cerca de vos.

MATILDE.

(*Esforzándose.*) Es fino el cumplimiento.

GRESSEY.

Soi sincero : cuanto profieren mis labios el corazón lo dicta : vuestra presencia obra en mi ser un cambio májico : enfermo, fastidiado, una mirada vuestra es para mí lo que la mirada del sol, ardiente, rejuvenecedora, sobre la planta helada que agoniza.... revivo, y mi existencia es un placer.... (*Matilde durante esta escena manifestará su inquietud.*) Me disculpais, señor coronel : confesiones como esta no se hacen ordinariamente en presencia de un tercero, aun que a veces hai un placer secreto en hacerlo.

FIERCOUR.

(*Con desprecio.*) Feliz me creo con haberos inspirado tanta confianza.

GRESSEY.

(*Con ironía.*) Encantado estoy de oiros.

FIERCOUR.

La elocuencia con que un poeta célebre expresa su pasión, me causa sumo placer.

GRESSEY.

Cuidaré de proporcionaros a menudo ratos igualmente agradables.

MATILDE.

Señores, he oído lo suficiente para clasificar a ámbos de amables y galantes; pero señor Gressey, tengo una queja contra vos; os habeis olvidado de la obra de Victor Hugo que me prometisteis "*Los rayos y las sombras*", y despues de la relacion interesante de su contenido, ansio por verla. En nosotras, las mujeres, la curiosidad es disculpable.

GRESSEY.

Hai tambien circunstancias en que la memoria flaquea, me perdonareis: vuelvo al instante (*vase*).

ESCENA IV.

FIERCOUR, MATILDE.

GRESSEY.

Tanto temeis por él que le despedis.

MATILDE.

Dejadme, dejadme en paz.

FIERCOUR.

Parece que no agradeceis mi sufrimiento : le permití hablar de su insolente pasión , soporté su necia ironía.... todo por vos.... ¡aun no es bastante?

MATILDE.

Es fuerza huir ; permanecer mas aquí , es renovar escenas de horror y de llanto : vuelvo a Paris.

FIERCOUR.

Partirémos. Estoi pronto.

MATILDE.

Si huyo , es de vos ; para renunciar a la Francia y a la vida , sepultándome en un convento.

FIERCOUR.

¡Tan jóven , tan hermosa , y en una cárcel eterna! no puede ser.

MATILDE.

Léjos del mundo.... en una celda viviré mas libre , mas feliz : no tendré a mi lado un fantasma que donde quiera me persigue.

FIERCOUR.

¡Qué os he hecho!

¡Os atreveis a preguntarlo! Como amigo de mi esposo entrasteis a mi casa, y luego que me ví sola, sin apoyo, os arrogais sobre mí, a título de valiente, los derechos de un carcelero. Por mas de un año soi esclava vuestra; procuro huir, y me seguís como el remordimiento al criminal. Veo a mi alrededor un círculo fatídico, trazado por vos, y que ninguno traspasa sin encontrar la muerte: ¡Y preguntais qué habeis hecho! Despierta sufro los tormentos de la pesadilla mas cruel: necesito amparo y desfallece mi voz al pedirlo, que el hombre jeneroso que acudiera a socorrerme dejaría tal vez de existir. ¡Gran Dios! ¡qué delito cometí para tan horrible castigo! (*Llora*).

FIERCOUR.

Si existen estos males, vos misma sois la causa: ¡por qué me habeis negado vuestro amor! él hubiera ablandado un corazon que el despecho ha convertido en piedra. Escuchadme: esa destreza en las armas que me echais en cara, el mundo mismo me forzó a adquirirla.... Destituido de atractivos, los hombres me tenian por unrival poco temible; me despreciaban; trabajé por aprender el arte de escarmentarlos.... El desprecio, señora, nos hace fieras! os ví, miré lo pasado con sentimiento.... mas ¡cómo deshacer lo hecho! las manchas de sangre humana no se

borran jamas.... pero os ví, y no tardé en conocer el desden con que rechazábais mis pretensiones : la desesperacion se apoderó del alma ; y la dicha vedada para mí, juré vedarla a todos.

MATILDE.

¿Nací acaso esclava vuestra?

FIERCOUR.

Amo y esto me disculpa.

MATILDE.

¿Qué mas pudiera sufrir si me odiaseis?

FIERCOUR.

Culpaos a vos misma : una palabra basta a cambiar mi existencia , ¡lo sabeis y callais!

MATILDE.

¿Amaros! ¡nunca! el amor brota y florece espontáneamente ; no es sangre el riego que ha menester.

FIERCOUR.

Sea en hora buena ; pero en vano recordais pretendidos delitos para desviar mi determinacion ; ahora mismo me gozo en ellos ; habeis de ser mia. Sí, Matilde , esta lucha ha de tener fin : no resistireis a mis súplicas eternamente.... os amo tanto!... ningun hom-

bre ama como yo. Mi lengua es torpe ; pero si pudiera desgarrar el pecho , mostraros cuánta pasión encierra ; fuerais mía.

MATILDE.

Nunca, señor , nunca ; os he dicho que jamás será : ántes el convento.

FIERCOUR.

Os arrancaré de él : ¡qué son murallas y altares para quien ha visto tantos cadáveres a sus pies ! Aquellas se escalan, estos se profanan por un capricho, por una venganza : ¡los respetará el amor !

MATILDE.

La tumba será entónces mi morada ; es fría ; pero quieta y segura. (*Fiercour echa una mirada al rededor y se acerca a Matilde*).

FIERCOUR.

¡La tumba ántes de ser mía ! Una sospecha terrible, una llamarada del infierno me alumbró, y leo a su favor los secretos que vanamente encubriste : he podido soportar la indiferencia y hasta el odio , pero no la felicidad ajena. ¡Eso nó ! ¡amais a otro ! ¡temblad ! . . .

MATILDE.

¡Perverso ! ¡pretendeis amedrentarme , azorar mi corazón para que ame ! cuán poco me conocéis : las

palpitaciones que causa el miedo, y las que nacen del amor, nunca las inspiró un hombre solo; escuchadme: os diré lo que jamas he dicho: amo a otro; (*avanzando ácia él*) sí, le idolatro (*Fiercour se cubre los oidos con las manos y se aleja, Matilde le sigue*), oidlo, le amo, le amo.

FIERCOUR.

¡Basta! ¡basta! *¡le amais!* . . . Las lisonjas doradas de un poeta, sus palabras de miel, se deslizan con suavidad, hallan grata acogida, al paso que el lenguaje sencillo de quien expresa mal, lo que como nadie siente, encuentran oidos sordos y frio desden. *Le amais*; pero sabed que el labio que da tan vivo colorido a un amor que quizás no existe, calla si se le amenaza o responde balbuciente; que la mano avezada a trazar versos, tiembla mas que otra alguna si tiene un enemigo al frente.... ¡me comprendeis?

MATILDE.

¡Qué decis?

FIERCOUR.

Le amais. . . . y no obstante os horrorizará dentro de poco: *¡le amais!* una mujer puede derramar lágrimas sobre el cadáver de su amante lavar sus heridas con el llanto; pero no hai amor que resista a la fetidez, a la corrupcion la vista del gusano hace apartar los ojos mas llorosos un cadáver causa naucias.

MATILDE.

¡Dios mio, qué horror! Ser inhumano, venido de un mundo mas perverso y maldito que el que habitan los hombres.... Si teneis sed de sangre, bebed la mia ; pero no acorteis los dias de un inocente... ; por piedad !....

FIERCOUR.

Mucho le amais segun se ve ; mas el fallo de vuestra boca misma sali6. . . . ¡le amais!

MATILDE.

¡Por piedad!... aun está fresca la sangre de otra víctima.... si teneis conciencia, si el remordimiento halla cabida en ese pecho.... Hacedlo por vos mismo, ya que por él, por mí, por piedad, por justicia, no lo haceis ; sí : hacedlo por vos mismo , que hai un Dios justiciero, y el que mata a otro hombre, ofende a ese Dios.... le envía un alma que no llamó, un alma que al pedir su propio perdon, ¡señala la tierra manchada de sangre!... Sí, por vos mismo: la vida, el cielo nos la concede (*señalando al cielo*), ¡con qué derecho la arrancais! Por piedad... (*se sienta llorosa y desfallecida*).

FIERCOUR (*con calma y acercándose.*)

Sois aun mas hermosa en medio del dolor: ¡y yo hago verter estas lágrimas, y yo puedo enjugarlas ! To-

davía tengo poderío en vuestro corazón. Poco hace me despreciabais , ahora echais mano del ruego , de la súplica (*intenta tomarle una mano, Matilde se recobra y se pone de pié*). Pero siempre me aborreceis.

MATILDE.

¿ Qué haceis ?

FIERCOUR.

Oidme : ¿ quieres que viva mi rival ? ¿ aquel que tanto amais ? vivirá.

MATILDE (*llorosa*).

Lo agradezco.

FIERCOUR.

Pero no os figureis ilusa , que , escudado de mi promesa , insolente , en la seguridad , le permita suspirar a vuestro lado Vivirá para el mundo , muere para vos : estas son mis condiciones , ¿ las aceptais ?

MATILDE.

Las acepto , señor.

FIERCOUR (*pascándose*).

Necesito una carta vuestra en que se haga saber al señor de Gressey , que debe omitir en adelante sus visitas : aquí teneis recado de escribir (*señalando a la mesa : acércase Matilde a la mesa , se sienta , y toma la pluma pensativa*).

MATILDE.

¡Qué diré ! ; Dios mio !

FIERCOUR.

No os ajiteis : dictaré yo (*dicta y se pasea, Matilde escribe*). Señor: circunstancias que no es del caso exponer. . . . me hacen solicitar de vos pongais término a visitas que tienen por objeto despertar simpatías que jamas encontraréis en el corazón

MATILDE.

¡ Ai !

FIERCOUR.

De Matilde de Monville.

MATILDE.

(*Cierra la carta, se pone de pié y la pasa a Fiercour.*)

Ahí la teneis , y dejadme en paz. (*se sienta llorosa*).

FIERCOUR.

Yo mismo me encargo de dirijirla (*vase*).

MATILDE.

¡Y este es el fin de tantas y tan apacibles ilusiones ! yo le salvo la vida , sacrifico por él mi bienestar ; y no obstante me tachará de ingrata y de inconstante (*llora*).

ACTO SEGUNDO.

Cuadro Segundo.

El Relo.

Habitacion de Dormand.

ESCENA I.

DORMAND Y GRESSEY.

DORMAND.

Por la relacion que acabas de hacerme. Matilde te ama. te ama con todo el fuego de su corazon.

GRESSEY.

¡ Lo crees !

DORMAND.

Ni un átomo de duda me resta ; pero siento ignorar los pormenores de lo ocurrido entre ella y Fiercour ; debió convertirse en una furia el tal coronel ; mas hablaba en su contra un corazon herido de amor ; y la elocuencia de Mirabeau en boca de un Lovelace nada puede sobre una alma prevenida... Mui poco versado

es Fiercour en los diálogos de la ternura ; ya se ve, el vivac y el Bosque de Bolonia , no son la mejor escuela para esos pensamientos , finos , amorosos , irresistibles que sin sentir se deslizan hasta el corazón. Supiera al ménos esgrimir el arma todo poderosa de la lisonja; pero nada sabe.... Mas ¡ qué tienes ! ¡ se han desvanecido tus amorosas aprensiones ! ahí te estas sin desplegar los lábios.

GRESSEY.

Asombrado de oír el acierto con que discurre

DORMAND.

Efectivamente , en punto de amor tengo mi tal cual erudicion; alguna experiencia, fruto de una lid de quince años : mi palenque los estrados de Paris ; mis adversarios las coquetas mas afamadas , y esas corinas sentimentales , siempre llorosas , y que se deshacen en suspiros.... He estudiado a la mujer como ántes se estudió la alquimia.... la astrolojía, de dia y de noche; y en resúmen , he aprendido que son mujeres....

(*Entra un criado*). Esta carta , señor (*dirijiéndose a Gressey ; la entrega y vase*).

GRESSEY.

(*Lee con agitacion y en seguida la pasa a Dormand*).

Lee y asómbrate.

DORMAND (*leyendo*).

“Señor, circunstancias que no es del caso exponer.... (*Continúa leyendo para sí, y con interes*).

GRESSEY.

Bien ¡ qué dices ?

DORMAND.

Que esto es inexplicable, incomprendible; pero ¡ qué quieres ? no te acabo de decir mis ideas en esta materia ! Colocado yo en tu lugar daría un millon de gracias al destino que tan propicio se muestra.... liberándote a tu pesar, del yugo matrimonial... la lección es elocuente; mas tú ¡ qué juzgas ?

GRESSEY (*tomando la carta*).

Veo aquí la obra de Fiercour, y juro deshacerla; (*rompe la carta con ira*) hai un hombre en el mundo, uno siquiera que osa propalar su amor, y morir por él.

DORMAND.

Te olvidas de que tienes poca costumbre de manejar las armas; que luchar con Fiercour es luchar con la muerte misma: su destreza es sin igual, sus golpes tan certeros como los del destino.

GRESSEY.

Todo lo sé, pero amo.

DORMAND.

Este amor te ciega , te pierde , provocar a Fiercœur es suicidarse.

GRESSEY.

Ningun otro partido me resta.... si doi publicidad al hecho y denuncio al mundo al infame opresor de una mujer , recibo por contestacion un cartel de desafio y....

DORMAND.

Y morirás..... Debes huir y aguardar del tiempo tu remedio.

GRESSEY.

Del tiempo ! tú no amas , Dormand.... si este corazon deja de latir , dejará tambien de padecer.... pero ¿dónde estamos? ¡Vivimos acaso en la ilustrada Francia, en una época de decantados progresos? no: que veo a los hombres ciegos todavía.... ¡Honor! El honor para el espadachin es un puñal con que asesina impunemente, y la misma sociedad de donde escoje sus víctimas una a una.... aguza este puñal y lo pone en su avezada mano.

DORMAND.

¡ Calma , Gressey !.... Calma , amigo mio!

GRESSEY.

¡ Calma y amor ! ¡ Colocó la naturaleza juntos fuego y agua ! tú no amas , no sabes lo que es amor , ni

has sentido desgarrado el pecho por los zelos con sus uñas de tigre , su diente roedor.... No hai otro partido que abrazar.... Escúchame , necesito ver a Fiercour, búscale al punto , haz que venga contigo y sin tardanza , aquí en tu habitacion le aguardaré.

DORMAND.

Pero amigo mio , da oido a la razon.

GRESSEY.

Haz lo que como último favor te suplico, y déjame.
(*Váse Dormand*).

ESCENA II.

GRESSEY (*solo*).

La muerte por una parte , por otra una vida sin honor, la alternativa es cruel ; mas es infamia vacilar..... Hoi pienso , siento ; mañana seré un cadáver quizá, sin vida , sin amor ; pero la muerte no es mas que un sueño profundo.... nunca perturbado por la fantasía inquieta y veladora, ¿ por qué pues nos hace estremecer ?.... Porque es triste abandonar el mundo cuando nos corteja todavia , ántes que nos abandone , sin conocer toda su falsedad y egoismo..... abandonarle matando mil deseos no satisfechos , y mil ideas , mil sentimientos nunca expresados.... pero yo amo , idolatro , y si muero , muero mártir del amor, y Matilde

regará mi memoria con su llanto.... A la tumba se encaminan todos ; el anciano con paso incierto por la senda del desengaño ; el jóven con planta firme por un camino que cree suave y florido.... todo muere, la flor, el árbol, el hombre.... ¿ Y qué es la vida ? Una ola del Océano que forma el viento y que al punto desaparece.... una centella , un lampo , que rasga con su luz la oscura eternidad ; que separa por un instante la noche eterna que *fué* , de la noche eterna que *será*.... Yo amo , si aliento es por mi amor : bien , mi resolución está tomada , unas pocas horas mas y seré feliz , o no seré (*se oyen pasos*).... ya se acercan (*se pone en una mesa como a escribir*).

ESCENA III.

DORMAND, FIERCOUR (*entran del brazo, Dormand echa una mirada al rededor en busca de GRESSEY que sigue escribiendo.*)

FIERCOUR.

Esta desgraciada campaña hizo que el Emperador engrosase las ralas filas de sus veteranos con dos conscripciones ; pasó el Rin toda la juventud de la Francia y yo con ella. Era niño todavía, cuando oí tronar el cañon en Lipsic, y por primer ensayo ví morir a millares de mis compañeros ; mi serenidad en esta primera funcion de armas y un acaso feliz, me merecieron una charretera.

DORMAND.

¡Cual fué este?

FIERCOUR.

Doce escuadrones de la Joven Guardia cargaron a un cuadro de austriacos; una descarga mortífera y un bosque de bayonetas nos recibieron, vacilamos: algunos daban ya las espaldas al peligro, cuando resonaron estas palabras: “Soldados de la Joven Guardia; el Emperador os mira”, y espada en mano se arroja un valiente sobre el muro de hierro, le seguimos, ábrese un claro y huye el enemigo; pero en este instante la bayoneta de un granadero (*se pone Gressey de pié pero se mantiene sin avanzar, escuchando*) hiere al que nos dió la victoria, va a segundar el golpe, mas espiró ántes de realizar su amago. Una lanza le traspasa. Así salvé la vida del jeneral Ritoche (*avanza Gressey*).

GRESSEY (*saluda con frialdad*).

DORMAND.

Hablábamos de las últimas campañas de Napoleón tan desgraciadas como gloriosas: a ellas concurrió el coronel.

GRESSEY.

Ya presumía que en boca de un militar deberían hallarse las palabras humo, gloria, muerte. Los he-

chos de Napoleon Bonaparte brindan con la oportunidad de recordar las propias hazañas, oportunidad que rara vez se desperdicia, porque, como sabrás, la modestia no es la virtud que mas a menudo cobija la casaca.

FIERCOUR.

Extraño este lenguaje, Señor de Gressey.

GRESSEY.

En verdad que no teneis motivo para ello; mi opinion es esta, soi franco.

DORMAND.

¿Qué haces?

GRESSEY.

Digo y sostengo que nada hai que admirar en las últimas campañas de Bonaparte. Soldado de la República, lidiando por la libertad cuando cegaba laureles para orlar la sien de la Patria, no su propia frente, fué grande, fué el hijo mas claro de la Francia. Primer Cónsul es ya un ambicioso; Emperador un despota, el azote de la humanidad. A cada paso suyo caen los hombres como hojas agostadas al soplar del norte; deja por huellas charcos de sangre, viudas y huérfanos llorosos..... el humo del cañon los oculta como los pliegues de la niebla.... sus sollozos son ahogados en la grito de los vencedores; mueren los padres y jimen los hijos abandonados.....

Mas (*con ironía*) todo esto es gloria y no debemos ser desagradecidos con quien dejó en cambio de tantas vidas preciosas , las palabras Jena y Austerlitz.

Pero la fortuna al fin se cansa de seguirle.... jadea, acorta el paso.... se detiene ; y el Gran Ejército, que un mundo no venciera , yace sepultado entre Moscow y el Beresina ; su mortaja son las nieves de la Rusia.... su necreolojía un boletin firmado *Napoleon*. Y la España, la heroica España , que adormida maniataron , despierta y con los brios de la desesperacion forceja; tiemblan sus carceleros, y los últimos truenos del cañon de Victoria dicen al mundo que ha roto sus cadenas.

FIERCOUR.

¡Qué ideas , qué estravagancia!

GRESSEY.

Sí: yo soi un necio, un loco. . . quisiera que los hombres viviesen en paz como hermanos. . . que no hubiera mas ejército que los pueblos , ni otra lucha que la lucha de la libertad. Aunque lejano, rayará el día feliz en que esto sea , y los padres dirán entónces a sus hijos : nuestros padres se mataban por palabras huecas y sin sentido , y presentarán a sus ojos asombrados una casaca como una curiosidad y repetirán: vestían este ropaje para matarse.

FIERCOUR.

Esto es insultar. . . y vive Dios. . . (*aparte*) maldita promesa!... ¡Recordais, Dormand, el ejercicio de ahora un rato?

DORMAND.

Sin duda : y que a cincuenta pasos hicisteis saltar el boton de una rosa ; y a fe mia que las pistolas no eran de las mejores.

GRESSEY.

Señor coronel, ¿qué quereis dar a entender con manifestaciones tan gratuitas de destreza!. . . Sabemos todos que existen en el mundo hombres tiznados con el apodo de espadachines o asesinos que tanto vale.

DORMAND.

Gressey, te pierdes.

GRESSEY.

Pero conozco alguno que brinda con pruebas de su maestría infame y que huye de dar una sola de su valor ; y que empujado a hacerlo tiembla al mirar a un hombre de bien.

FIERCOUR.

Esto no se puede soportar. . . Y yo, señor de Gressey, conozco a un hombre tan insolente como cobarde, que provoca a la sombra de alguna figura retórica, y cuando nos cansamos de sufrir su solapado atrevimien-

to, acude a la mentira para salvar su vida , o se dice demasiado relijioso para luchar en duelo , o que se siente sobrado enfermo para tener honor.

GRESSEY.

¡Os dirijís a mí señor Fiercour?

FIERCOUR.

¡Y por qué preguntarlo?!

GRESSEY.

Para exigir una satisfaccion por el insulto.

FIERCOUR.

Haced lo que querais.

GRESSEY.

Bien ; en nombre de ese mismo honor que tantas veces habeis invocado , yo os reto a mi vez.

FIERCOUR.

Estoi pronto (*tomando el sombrero.*)

GRESSEY.

Sea enhorabuena ; mas no penseis que este es un duelo como los de costumbre : no , os engañais ; que enemigos como nosotros cuando se encuentran arma en mano , solo la muerte puede separarlos , y para

que sea infalible , yo usando del derecho que confiere ese mismo honor , cuyas leyes conoceis tan bien , elijo por armas la pistola , por distancia dos pasos , y una sola bala , que con ella hai lo preciso para que vos o yo dejemos este mundo por la eternidad o la nada.

FIERCOUR.

No puede ser.

GRESSEY.

¡Cómo no! ¡olvidais, señor, que he sido insultado, que si rehusais, os tacharé de vil y de cobarde!... Julio de Vernac fué amigo mio , le matasteis. . . . tengo que vengarle , y sobre todo , amo a Matilde , pienso arrancarla de vuestro poder , darle por asilo mis brazos , pagar sus cariños con mis cariños , colmarla de amor.

FIERCOUR.

Basta , basta , decis bien: uno de los dos debe morir; seguidme al punto.

DORMAND.

Señores un momento , no podeis reñir sin padrinos , y mas en un duelo a muerte.

GRESSEY.

Tú serás el mio.

FIERCOUR.

Dentro de media hora os aguardo en el jardin (*mira el reloj*); a las seis (*vase*).

GRESSEY.

¡Dios proteja la justa causa!.... (*vase con Dormand*).

ACTO II.

Cuadro Tercero.

La Muerte.

Salon de la casa de Matilde.

ESCENA I.

MATILDE (*pensativa*).

Perseguida , sola en el mundo , separada de quien amo y maldecida por él quizás. . . . ; Ah ! ;cuán presto se desvanecen los ensueños del corazon y nos queda la memoria viva , cruel , para recordarlas sollozando !
; Por qué le ví ? ; por qué le amo ? él unirá el recuerdo de Matilde con la ingratitud , la nombrará con maldiciones , que pesarán sobre una mujer inocente y desventurada.... ;Dios mio ! ;por qué nace y arde esta llama se ha de huir quien solo la mitiga ? ;Por qué cabe tanto y tan amargo dolor a una mujer infeliz y desvalida ? Si es delito amar , te ofendí , Dios mio , mucho te ofendí , pues mucho amo ; ;mas puede ser criminal el sentimiento , que brota , crece y se arraiga en el corazon , como la hierba en la pradera?... ; Ah ! en el triste naufragio de mis esperanzas , me asiste un consuelo único , le salvé. . . . a precio de mi bienestar compré su

vida. . . . él lo ignora. . . . me olvidará por fin , y yo . . . moriré (*se sienta llorosa ; entra Gressey sin ser visto y se pone delante de Matilde*).

ESCENA II.

GRESSEY MATILDE.

GRESSEY (*despues de contemplarla un rato*).

¡ Señora !

MATILDE (*poniéndose de pié y ajitada*).

¡ Vos aquí !

GRESSEY.

Y despues de leer vuestra carta , parto al instante.

MATILDE.

Sí : al punto.

GRESSEY.

Mas ántes de daros el postrer adios , un adios talvez eterno , quiero veros , hablar con vos , grabar en el dolorido pecho con la última mirada , la imájen de una mujer bella cual pocas , cual ninguna amada ; pero imájen de mujer , no de ánjel cual creí.

MATILDE.

¡ Gressey !

GRESSEY.

Quiero oír el eco de su voz tan dulce y apacible , voz de sirena para mi felicidad ; quiero soñar un instante , como alguna vez soñé : despues partir , partir

para siempre. ¡Verteis una lágrima por el amigo! ¡Ah! Quién deja su amor, su todo, quien ve su porvenir marchito, yerto en flor, quien cae despeñado, cual Lucifer, del cielo de una esperanza a la honda y tenebrosa sima del desengaño, y sin otra culpa que su desventura: ese no llora, no, que desespera: el dolor se anuda en su pecho, como ensortijada sierpe; sus ojos centellean, su aliento abraza y las palabras que asoman a sus labios secos, son maldiciones, son blasfemias.

MATILDE.

¡Gressey! calmaos—Yo os lo pido, yo.

GRESSEY.

Vos: Matilde, teneis razon, debo separarme sereno, tranquilo, cual me veis ahora: perdonadme—el desdichado suele ser importuno; mas su desdicha es su disculpa. Matilde, (*tendiéndole una mano que ella toma*) no creí partir con llanto en los ojos; pero os amo, me alejo de vos, y tengo delante la mas negra perspectiva; dias sin aurora ni luz; noches sin sueño, tormentos sin tregua. . . una existencia toda sin amor. Vagaba por el mundo con paso incierto, cuando os columbró mi vista ansiosa: por un momento os creí mia, pensé estrecharos en mis brazos, y fuisteis una sombra, el miraje del desierto para una alma descaminada, anhelante y sedienta de amor.

¡ Ah! es fuerza partir , mis tormentos son indecibles , son la memoria del cielo perdido para los que jimen en eterna noche ; como ellos veo muerta mi esperanza, y siento mis deseos cada vez mas vivos y ardorosos. Matilde..... recibid el adios de un moribundo (*intenta irse*).

MATILDE.

¡ Qué decís!... morir? no, Gressey, deteneos, (*le toma una mano*) una sospecha horrible me asalta ; oidla. Fiercour me arrancó esa carta a condicion de perdonaros la vida, y.....

GRESSEY.

¡ De perdonar! perdona el ofendido , Dios perdona al pecador ; pero el coronel Fiercour mal puede perdonar a Eujenio de Gressey.... su perdon fuera un veneno , una bofetada.

MATILDE.

Bien! bien! lo sé; mas decidme, ¿ pensais provocarle?

GRESSEY.

Ya no.

MATILDE.

Entónces vuestra propia mano va a ser el asesino. Jurad que no , os lo suplico ; esa vida que intentais destruir es mia , yo la compré a precio de mi bienestar ; ¡ y queréis , cruel , que un sacrificio tal , sea estéril , sin fruto ni recompensa!

GRESSEY.

Matilde!

MATILDE.

¡Quereis qué de dia y de noche, en las desnudas murallas de la celda que ha de ser mi asilo; en el mismo altar y al lado del Redentor vea una sombra sangrienta y nada mas que esta sombra! ¡quereis privarme del triste consuelo de rogar a Dios por vuestra dicha! ah! y que al sentir la fria mano de la muerte, ¡quereis qué la duda de hallaros en otro mundo mas feliz, donde todo es amor; que esta duda atroz acibare momentos que sin ella fueran de placer!

GRESSEY.

Matilde, escuchadme: os lo juro, la vida es un peso que me oprime; pero la soportaré.... mas me amais, ¡porqué encubris vuestro amor!

MATILDE.

¡Y pudisteis dudarle alguna vez? ¡imposible! la pasion hace que los ojos hablen; que la voz del suspiro publique el secreto que en vano callan nuestros labios.... amo, sí: os amo con todo el fuego de un primer amor, con toda la ternura de una mujer.... el mundo entero para mí sois vos.... Sois mi aliento, mi vida misma.... sin vos el universo es un desierto, a vuestro lado una cárcel fuera un paraiso.

GRESSEY (*abrazándola*).

Anjel de luz, consuelo de mi pena.... tus palabras esmaltan de nuevo mi odiada existencia.... revivo.... respiro otra vez y con placer.

MATILDE.

Sí: aun podemos ser felices.... huyamos de este hombre cruel, como del jenio del mal.... en un pais lejano, desconocidos, sin brillo ni riqueza; pero unidos; ¡qué faltará a nuestra felicidad?... huyamos.

GRESSEY.

Huir, no: me propones la infamia, ¡horrible idea! no puede ser.... (*dan las seis*) Ah!... Matilde ¡me amas!.... adios (*vase con precipitacion*).

ESCENA III.

MATILDE.

Gressey! Gressey! ¡por qué tan presto! Ah! se aleja, le pierdo tal vez para siempre. ¡Dios mio! cuanto le amo. ¡Mas no espongo con tan solo verle una existencia que es el alma de la mia!... Imprudente fuí en revelarle mi pasion ciega y ardiente; pero ¡cómo callar, cuando el callar me ahogaba! ¡Cómo oir los acentos del dolor y del despecho y no pronunciar un eco de consuelo, ni descubrir mi padecer roedor, intenso cual el suyo, y reprimido sin mas desahogo que mi llanto! (*entra un criado por la puerta del jardin precipitadamente*).

CRIADO.

¡Señora! el coronel Fiercour y el Sr. de Gressey se hallan en el jardín prontos para batirse en duelo.

MATILDE.

¡Gran Dios! ¡socorro! ¡socorro! (*se dirige ácia la puerta del jardín, el criado sale, se oye un tiro, y Matilde retrocede espantada.*) Ai! no existe ya (*arrodillándose*). Perdonadle, Señor, yo soi la causa de su muerte, yo el asesino, yo le amé y le descubrí mi amor. (*Pasos y la voz de Dormand fuera de la escena*): ¡Un médico! ¡un médico! ¡que muere un hombre. (*Entran por la puerta del jardín Dormand y en seguida Gressey sin sombrero y ajitado; trae una pistola que arroja luego.*)

ESCENA IV.

MATILDE, DORMAND Y GRESSEY.

MATILDE.

¡Gran Dios! ¡qué veo! (*poniéndose de pié y avanzando ácia Gressey*).

GRESSEY.

¡Matilde! sois libre.

MATILDE.

No: soi vuestra (*cae en brazos de Gressey*).

FIN.